

La “apostasía de las masas” y la recristianización de la sociedad: las estrategias pastorales de la Iglesia española en el siglo XX

FELICIANO MONTERO GARCÍA, UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

La “apostasía de las masas”, ¿argumento retórico o diagnóstico sociológico?

La expresión “*apostasía de las masas*”, tan abundantemente utilizada por los propagandistas católicos y los responsables pastorales para definir en tono alarmista el abandono del pueblo de la práctica cristiana, es decir el proceso de secularización, puede ser un buen argumento para intentar una aproximación global a fenómenos y procesos históricos de amplio alcance, como son la realidad del proceso descristianizador o secularizador y las estrategias pastorales de la Iglesia católica para responder a esos nuevos retos. En los límites de esta comunicación no se pretende abordar toda esta inmensa problemática histórica, sino sólo sugerir algunos elementos que pueden ayudar a entender la específica respuesta pastoral de la Iglesia y del catolicismo español a esa situación supuesta o real de “apostasía de las masas”. En este sentido, la citada expresión se toma como punto de partida retórico, independientemente de su validez como diagnóstico sociológico, que permite a los propagandistas católicos una autocrítica de las orientaciones y la práctica misionera y la formulación de nuevas estrategias pastorales. Por supuesto este tema está estrechamente relacionado con otros que aquí apenas serán abordados como el estudio sociológico del proceso descristianizador, o el análisis de las estrategias y políticas laicistas, responsables en buena medida de esa “apostasía de las masas”.

Nuestro punto de partida es el discurso del canónigo Arboleya en la semana social de Madrid (1933). Discurso retórico más que informe sociológico, excusa para la autocrítica y el ajuste de cuentas con tendencias más paternalista y clericales del catolicismo social, y, por tanto, ocasión para la formulación de propuestas alternativas en el terreno de la acción social católica. Tras la experiencia traumática de la guerra civil del 36 los fundadores de la Acción Católica obrera especializada, siguiendo el modelo belga y francés, apelan al mismo argumento retórico de “la apostasía de las masas” para provocar una autocrítica y una renovación de la pastoral obrera.

En todo caso es interesante contrastar el discurso retórico sobre la “apostasía de las masas” lanzado por Arboleya en las Semanas Sociales de 1933 y 1934, en su habitual tono autocrítico de denuncia de los límites del catolicismo social español, –al que considera básicamente responsable de esa “apostasía”–, con los informes sociológicos, elaborados en aquel momento o posteriormente, sobre el real proceso secularizador tal como se puede medir por algunos indicadores como las tasas de cumplimiento pascual, la práctica de los sacramentos de “paso” –bautismo, matrimonio y entierro– o el número de vocaciones religiosas. Pero

más allá del contraste entre el discurso retórico y la realidad sociológica, en todo caso parece claro que la reflexión sobre “la apostasía de las masas”, en medios católicos, tanto en los años treinta como en la segunda mitad de los cuarenta, tiene un objetivo eminentemente pastoral. Se trata de revisar autocríticamente las estrategias y los métodos evangelizadores para adaptarlos mejor a las nuevas necesidades. Y en ese sentido, el discurso sobre “la apostasía de las masas” es un incitador e impulsor de la pastoral misionera, en clave de “preservación” o de “conquista”, con los viejos métodos de la pastoral de cristiandad –misiones populares– o los nuevos de la “levadura en la masa” de la A.C. especializada.

Cronológicamente este argumento se inscribe en la larga duración de los procesos de secularización o descristianización, y su percepción por la Iglesia en los siglos XIX y XX. Pero aquí nos vamos a centrar en dos momentos especialmente claves en la historia reciente española: la crisis de los años treinta, y el primer franquismo. Pues en el discurso católico sobre “la apostasía de las masas” se observa una fundamental continuidad entre la autocrítica de los “propagandistas” durante el período republicano –los discursos de Arboleya en las Semanas Sociales, o el ensayo del jesuita Francisco Peiró sobre “el problema religioso-social”– y las justificaciones de Albert Bonet y del primado Pla i Deniel en 1945-47 para constituir las especializaciones obrera y universitaria en el marco de la Acción Católica general. En ambos casos se trata de una propuesta pastoral renovadora, que parte de una autocrítica de los viejos métodos con los que por otra parte coexiste, especialmente en el tiempo del primer franquismo, tan propicio para volver a ensayar y recuperar el ideal integrista de la “cristiandad”. Como en tanto otros temas, tanto el discurso como el análisis sociológico, como la consiguiente renovación pastoral, están ampliamente influidos por las reflexiones y experiencias europeas, especialmente la francesa y la belga¹.

El discurso retórico de Arboleya sobre “la apostasía de las masas”

En la estrategia propagandista de Arboleya y de los otros apóstoles y misioneros del catolicismo social está siempre como punto de partida un diagnóstico pesimista sobre un creciente proceso de descristianización de la clase obrera, que se califica con la expresión un tanto dramática de “apostasía de las masas”. Este diagnóstico de la realidad social va ligado a un juicio autocrítico sobre la responsabilidad de la propia Iglesia, y muy especialmente, del catolicismo social, en sus diversas expresiones, en el origen y agravamiento de ese supuesto o real proceso de descristianización. Por tanto, desde esa perspectiva de los propagandistas de la acción social católica, el remedio a la “apostasía de las masas”, o lo que es igual la conservación o reconquista cristiana de las masas, pasaba necesariamente por un cambio de métodos y de talante en el catolicismo social, en la línea de lo que venían propugnando Arboleya y otros miembros del Grupo de la D.C.: menos paternalismo, clericalismo y confesionalidad, más atención a los problemas y necesidades reales del pueblo, y mayor crítica y denuncia de los comportamientos de los patronos y propietarios. Este discurso se puede apreciar recurrentemente en las múltiples obras de combate y polémica del canónigo asturiano, pero se encuentra de forma especialmente clara, ordenada y concentrada, en sus dos intervenciones en las Semanas Sociales de Madrid y Zaragoza, en 1933 y 1934 respectivamente². En la semana de Madrid, en octubre de 1933, la primera después de la interrupción de 1912, el tema que aborda Arboleya es precisamente el de “la apostasía de las masas”, refiriéndose concretamente a las “masas” obreras, urbanas. Y en su intervención un año después en la Semana de Zaragoza, el título era “Necesidad y procedimientos prácticos de elevar la vida moral y religiosa de la población campesina”, pero en realidad como él mismo dice era la segunda parte de su estudio sobre la apostasía de las masas; en este caso centrada en el proceso más lento, pero también bien visible, de descristianización del campesinado.

En ambas conferencias el esquema, el tratamiento y la interpretación del tema es semejante: *definición y descripción de lo que entiende por apostasía de las masas*, como alejamiento de la religión y sobre todo de la Iglesia; no sólo alejamiento indiferente sino abierta hostilidad en muchos casos; *análisis de las causas y responsabilidades* de ese fenómeno, con especial atención

a la responsabilidad de la propia Iglesia y de católicos poco consecuentes socialmente; y *propuesta de remedios posibles* que consiguientemente incluyen una revisión a fondo de los métodos y estrategias del catolicismo social, y de la acción social del clero. De esta forma, a través del estudio de la “apostasía” lo que en realidad se planteaba Arboleya era una revisión crítica del catolicismo social español. Esta revisión fue el tema central de su conferencia en 1933.

El tono y el argumento central de la conferencia de 1933 era muy parecido al de su balance de la presencia católica en la huelga de 1917, *“El caso de Asturias”*. La clave del fracaso del sindicalismo cristiano, responsable directo del alejamiento de los obreros de la Iglesia, era su carácter más católico que “profesional”, y su dependencia de los intereses patronales. Lo que Arboleya, con otros propagandistas, reclamaba en 1933 era un sindicato eficaz, profesional, auténtico: “los obreros quieren y necesitan un sindicato eficiente: si es católico, tal vez mejor; pero ante todo y sobre todo, buscan un verdadero y eficaz sindicato” -p. 478.

La mayor parte de la conferencia la dedicó Arboleya a analizar las causas de la apostasía y criticar con dureza los falsos remedios. Las causas de la apostasía no había que buscarlas según él fuera de la Iglesia. No eran “la ignorancia religiosa”, ni la eficacia de la propaganda revolucionaria por los “caudillos socialistas” y la “prensa revolucionaria”, ni los sindicatos revolucionarios. Sino que las verdaderas causas estaban en la predicación y la acción social de la propia Iglesia, por infidelidad a la doctrina y por incoherencia escandalosa en la práctica. El catolicismo social, vinculado a la defensa del orden social y de los intereses de los patronos, se había convertido en un antitestimonio, que provocaba el alejamiento e incluso el odio a la Iglesia y a todo lo católico³.

La denuncia global de este lastre fundamental del catolicismo social se completaba con otras más concretas a la “suspica desconfianza” y hostilidad contra los sindicatos profesionales; o a la resistencia católica a las justas reivindicaciones de los partidos obreros en nombre de una global condena del socialismo; o a “la defensa excesivamente ardorosa y simplista” de los patronos católicos; o la desconfianza y persecución, en el interior de la propia Iglesia, de aquellos apóstoles más sociales.

Por otra parte, frente a una visión pesimista e ingenua del obrero, dominante en la mentalidad paternalista, Arboleya invitaba a reconocer y valorar la espiritualidad y la mística “inconscientemente cristiana” presente en las actitudes y comportamiento del obrerismo revolucionario: “No; las masa populares, hoy antirreligiosas, no son propiamente materialistas: tienen su mística y su dogmática y su espiritualismo; tienen también muy admirables virtudes”. Especialmente la fraternidad, “el espíritu de cuerpo”. Por ello, concluye Arboleya, el cristianismo fielmente predicado estaría humanamente muy cercano a los valores obreros; *“cuando esas pobres gentes razonan, razonan aun contra nosotros ‘en cristiano’, y con mucha frecuencia nos echan de cara que no somos consecuentes, que no procedemos con arreglo a lo que decimos ser nuestras creencias.”*⁴.

Otros apartados de su conferencia destinados a señalar los “remedios insuficientes” –la ‘religiosidad’, la “resignación”, y la “caridad limosnara”– y “algunos estorbos”, le servían para remachar su fuerte revisión crítica del catolicismo social paternalista. En comparación con el tiempo dedicado a la crítica y denuncia de las limitaciones y defectos del catolicismo social, mucho más breve era el capítulo de los “remedios eficaces”, porque su enunciado estaba ya implícito en la anterior denuncia de los errores. Fundamentalmente apelaba a un cambio de la mentalidad paternalista, por otra más atenta a la realidad de la condición de vida obreras, a sus justas reivindicaciones, defendiendo el modelo de sindicato profesional. Pensaba aún en la validez de la acción social del clero: “los trabajadores no nos rechazan por ser sacerdotes, sino porque creen tener motivos para considerarnos defensores, más que de ellos, de los patronos”; pero atento a las experiencias extranjeras, especialmente a la nueva Juventud obrera belga –no cita las siglas JOC, pero alude a ella–, aprecia especialmente las posibilida-

des del apóstol obrero entre los suyos: “la movilización de las nuevas generaciones obreras es la última carta que nos jugamos en este pleito trascendentalísimo”⁵.

La conferencia de Arboleya en la Semana Social de Zaragoza –octubre 1934–, centrada en los temas agrarios, no estaba dedicada expresamente al estudio de la apostasía, pues se suponía que esta situación no era la correspondiente a un campesinado, todavía escasamente des-cristianizado o recuperable. Pero en el planteamiento de Arboleya, la apostasía más o menos extendida y profunda de los campesinos, y la responsabilidad del catolicismo social en ese proceso seguía siendo el argumento de su discurso. Era la segunda parte de su conferencia del año anterior. El esquema, –descripción del proceso de apostasía, análisis de las causas y de las responsabilidades católicas, y propuesta de remedios basada en la renovación de la acción social– era análogo, con las consiguientes adaptaciones al medio rural.

La apostasía de los campesinos era un fenómeno más reciente y se había producido más lentamente, pero según Arboleya, era un hecho innegable e imparable. Y afectaba no sólo al asalariado –el jornalero–, sino al arrendatario y al pequeño propietario sin obreros. Entre las causas de esa situación atribuía también una gran responsabilidad a un catolicismo social demasiado paternalista, poco sensible y atento a las necesidades reales, y, por tanto, poco eficaz y competitivo frente a otros movimientos sindicales no cristianos. Pero además asumía la tradicional correlación entre modernización del campo, contactos con el mundo urbano y pérdida de la cultura tradicional, y con ella de la religión tradicional. Uno de los momentos más significativos e impactantes de ese proceso lo constituía la salida de los jóvenes campesinos para hacer el servicio militar. Otro factor era la creciente emigración juvenil, más o menos temporal, a minas y fábricas próximas geográficamente al pueblo de origen.

Una religiosidad tradicional, superficial y rutinaria estaba fácilmente expuesta al deterioro y la pérdida. Pero por otra parte, teniendo en cuenta el fondo tradicionalmente cristiano del labrador, y volviendo al argumento del año anterior, la responsabilidad principal de la “apostasía” recaía en el catolicismo social por no haber sabido atender adecuadamente las necesidades: “la miseria es, por un lado, incompatible con la practica de la virtud”. El modelo sindical mixto, insistentemente propugnado en el medio rural, no respondía a esa situación de miseria de los jornaleros. Era lógica su afiliación a sindicatos socialistas y anarquistas.

Por ello en el análisis de las causas de la apostasía de los campesinos Arboleya alude tanto a factores sociales y mentales derivados del cambio económico que rompe el aislamiento de la aldea –entre ellos el cambio en las costumbres y formas de ocio–, como a la responsabilidad de los católicos y especialmente de los propietarios, que utilizan escandalosamente la religión en defensa y justificación de sus intereses. Y al plantear los remedios insiste por un lado en la renovación de la mentalidad y los métodos de la acción social: no basta ni es lo prioritario la predicación religiosa; no vale predicar la resignación sino el evangelio íntegro. Y propone, por otro, algunas acciones concretas como servicios sociales específicos: secretariados populares, bibliotecas circulantes, alternativas morales de ocio –elogia por ejemplo la práctica de deportes modernos por parte de las juventudes belgas. También por supuesto catequesis juveniles y de adultos, aprovechando la difusión del modelo formativo de la A.C. juvenil –los círculos de estudio. En todas estas acciones piensa en la colaboración estrecha de la A.C., especialmente de los jóvenes, cuyos centros empezaban a fundarse por todas partes. Pero sobre todo elogia la experiencia de los sindicatos agrícolas, siempre que fueran “profesionales”, lugar preferente de convivencia y solidaridad –especialmente a través de las Cajas Rurales–, y forma privilegiada de conexión con el cura rural y sus feligreses. Precisamente Arboleya concluía su conferencia con un llamamiento al protagonismo del “buen cura social”, formado adecuadamente en el seminario, es decir no “descampesinado”, capaz de conectar naturalmente con la sensibilidad y mentalidad campesina. Criticando, por tanto, el proceso por el cual el seminario, convertía al seminarista de extracción normalmente rural en una persona ajena a su mundo de origen, incapaz de sintonizar con sus feligreses.

Informes y diagnósticos sociológicos en los años treinta

En los años treinta, el discurso de Arboleya, aunque apuntaba algunos datos de la realidad social, se movía sobre todo en el terreno de la argumentación y la polémica. En cambio la reflexión del "misionero" jesuita Francisco Peiró, por otra parte muy semejante en el análisis de las causas y en las propuestas, aporta algunos datos concretos sobre el real proceso de descristianización. Igualmente los informes de las visitas "ad limina" presentados por los obispos españoles en medio de la República, o los recabados en el marco de la "Causa General" para el balance de las responsabilidades republicanas en la persecución religiosa subrayan también los avances de la apostasía durante el período republicano. Pero esta imagen alarmista contrasta significativamente con la visión recogida por Angel Herrera, presidente de la Acción Católica, en una apresurada encuesta diocesana, en la primavera del 36, sobre la realidad sociológica del catolicismo español, tras cinco años de política republicana secularizadora. A diferencia de otras visiones más pesimistas o catastrofistas el balance de Herrera era razonablemente optimista. A falta de investigaciones monográficas sobre el real proceso descristianizador durante la República, los informes citados revelan una situación ambivalente, en todo caso no catastrófica⁶.

La apostasía de las masas y la persecución religiosa en el sur. En los años sesenta el tema de la "apostasía de las masas" significativamente ligado al de la persecución religiosa anticlerical, fue retomado como tema de investigación histórica desde unos presupuestos muy próximos a los de los años treinta. El estudio de Ordoñez sobre el caso de Huelva se basa por un lado en los informes parroquiales sobre la situación al inicio de la República (1932). Pero el diagnóstico de las causas era casi una reproducción de los lamentos, análisis, y autocríticas de Arboleya y Peiró en 1933-36. Ordoñez se basa en los informes parroquiales de 1932 sobre el "estatus animarum" solicitado por el obispo para la elaboración de la "Visita ad limina", del quinquenio 1928-1932. La información no podía ser más negativa: el nivel de práctica y cumplimiento religioso ha descendido mucho; en la misma medida ha aumentado el nivel de propaganda republicana, masónica y obrera. La política laicista de la República, especialmente después del triunfo del Frente Popular, anticipa ya la persecución religiosa de la guerra. Y para corroborarlo el autor reproduce ampliamente los informes requeridos por el gobierno civil en 1938, y los recabados por la Iglesia en 1955 para hacer balance de la persecución religiosa. Con todo ello hace una descripción de la persecución religiosa en la provincia, siguiendo la comarcalización religiosa de los arciprestazgos: comenzando por el informe parroquial, y siguiendo por los otros informes sobre la persecución. En una segunda parte Ordoñez hace una interpretación sobre las causas de la apostasía-persecución, que sigue casi literalmente los argumentos de Arboleya y Peiró en los años treinta. En primer lugar se plantea una definición del concepto "apostasía de las masas", señalando que no se trata sólo de una apostasía del pueblo o del mundo obrero, sino del conjunto de la sociedad, incluidas las élites socioeconómicas, y muy especialmente los intelectuales. En el análisis de las causas de la apostasía se muestra muy autocrítico con la responsabilidad del propio clero -ignorante, poco preparado, poco sensible socialmente-, de la Iglesia -poco sensible a los nuevos problemas sociales-, y de las élites católicas -a menudo causa de escándalo por falta de conciencia social. En definitiva el autor suscribe una tesis muy extendida en medios eclesiales y católicos, en la postguerra, sobre la responsabilidad de la propia iglesia y del catolicismo social en el desencadenamiento de la guerra civil.

La encuesta de Angel Herrera en abril de 1936. El diagnóstico y la información tan negativa y pesimista de los informes parroquiales de 1932 de la archidiócesis de Sevilla contrastan con la imagen moderadamente optimista que ofrece el balance apresurado recabado por A. Herrera en abril 1936 para su informe en la Exposición de la prensa católica en Roma, que pensaba publicar como artículo en *L'Osservatore*⁸. Tras cinco años de República, el balance no parece tan negativo. El impacto descristianizador de la política secularizadora de la República no parece que sea tan alto. Los niveles de práctica y especialmente el cumplimiento de los "ritos de paso" sigue siendo considerablemente alto. Y además se ha producido o está en marcha una notable reacción católica en forma de reorganización de catequesis, propaganda

y acción social católica. En este capítulo abundan las referencias a la Acción católica, especialmente la juvenil, estrechamente ligada a la organización de la catequesis de niños y de adultos. De hecho, según los informes diocesanos la única catequesis o formación religiosa adulta es la que se canaliza a través de los Círculos de estudio de la Juventud Católica⁹.

La tendencia de fuerte descenso en las vocaciones sacerdotales durante el primer bienio republicano se estaba también recuperando en el último tiempo. Peiró en 1936 subrayaba la caída general de vocaciones y sobre todo la desigual distribución de los efectivos entre el norte y el sur, entre las zonas céntricas y las suburbanas de las grandes ciudades. Pero varios informes apuntaban esa tendencia que el estudio posterior de Severino Aznar sobre la crisis de las vocaciones eclesiales confirma. Antes de julio de 1936 se había iniciado un cambio de tendencia que la “cruzada” nacional-católica contribuyó a impulsar¹⁰.

Mayor pesimismo se expresa en relación con lo que se considera un proceso creciente de desmoralización de las costumbres que se atribuye a la difusión del cine y a una mayor permisividad en las formas de ocio, especialmente el baile. Casi todos los informes aluden con preocupación a la difusión creciente y exitosa del cine como una de las principales fuentes de desmoralización, y, por tanto, uno de los principales frentes de lucha.

Por supuesto, toda esta imagen general de la España católica en la primavera de 1936, poco catastrofista y más esperanzada que pesimista, tiene perfiles regionales y locales muy diferentes. Contrasta el claro predominio sociológico católico en la diócesis del norte y de Castilla, donde el impacto secularizador apenas ha llegado –si acaso en la capital–, con los bajos niveles de cumplimiento pascual en la diócesis del sur. Aunque incluso en ellas los ritos de paso, especialmente el bautismo, siguen siendo mayoritariamente practicados. Algunos informes más precisos y cuidadosos marcan los diferentes porcentajes de secularización entre el campo y la ciudad, dentro de la diócesis, o el mayor avance de la “apostasía” en poblaciones mineras y obreras en general.

Parece que los resultados de esta encuesta nunca llegaron a publicarse, pero indirectamente se reflejaron en el breve balance sobre el catolicismo español y el movimiento católico que Angel Herrera escribió para *L'Osservatore Romano*. En él reconocía el retraso y fracaso del sindicalismo obrero cristiano –“mezquina y prácticamente nula fue la acción de los sindicatos obreros industriales”– a diferencia del éxito relativo de los sindicatos agrarios, sólo implantados en el mundo del pequeño campesinado. Pero lo más significativo del informe de Herrera era la perspectiva optimista con que contemplaba el próximo futuro, básicamente coincidente con el tono de las respuestas a la encuesta: “*Si una catástrofe no viene a cortar– y no lo creemos posible– el curso actual de la historia de España, la Iglesia, internamente reconstruida (...) en posesión de nuevos instrumentos de apostolado, y en primer lugar la A.C., ejercerá en los años próximos una creciente influencia espiritual en la sociedad, e indirectamente, en el Estado, incluso aunque tal influencia no se manifieste, como en el pasado, en vanos honores, ni en manifestaciones de pura apariencia, tan a menudo contradichos en la práctica con la negación de la legislación..., y por una legislación liberal o sectaria*”¹¹.

Al margen de otros objetivos publicísticos relacionados con la necesidad de “dar una buena imagen” en una exposición católica internacional, el juicio de Herrera no deja de ser muy significativo. En medio de la onda del triunfo del Frente Popular, revela la confianza, o el deseo, del presidente de la nueva A.C. española, en plena fase de consolidación y expansión, en un horizonte de recuperación fundado en una renovación pastoral y en la corrección de viejos errores. Pues en la perspectiva de Herrera, coincidente con la de otros “propagandistas”, las debilidades de la situación actual –primavera 1936– del catolicismo español, se debían en primer lugar a las propias deficiencias, errores y culpas colectivas, ya criticadas por León XIII en la “*Cum Multa*” (1882) para paliar “la confusión entre el plano religioso y el político”, y la consiguiente división política de los católicos españoles, y apelar en consecuencia a la obediencia a la Jerarquía.

Durante el franquismo. La lección de la guerra civil

Después de la guerra civil, se retoma y se renueva el argumento retórico y el diagnóstico sociológico sobre la apostasía de las masas, como justificación de una nueva propuesta de pastoral obrera que tendría que evitar los errores de la etapa anterior. En concreto, el nacimiento de la Acción Católica obrera como Movimiento especializado en el período 1945-50 se vinculó directamente a este argumento-diagnóstico. El primado Pla i Deniel y el consiliario de la AC española Albert Bonet justifican en 1946 el nacimiento de la Acción Católica obrera como una respuesta nueva, necesariamente no paternalista, para recuperar la confianza del pueblo alejado. En la IV reunión de presidentes diocesanos de ACE, en noviembre de 1950, se planteó explícitamente el impulso de la A.C. especializada, y, dentro de ella de la obrera para paliar un error histórico. En ese contexto se inscriben unas intervenciones muy significativas del consiliario Bonet y del presidente de la Junta Técnica de la A.C. Alfredo López sobre la urgente necesidad y los riesgos de la A.C. obrera. Lo que nos interesa aquí sobre todo es la argumentación de Bonet, quien para justificar el nacimiento de la especialización obrera, dentro de la A.C.E., alude expresamente al tópico de la “apostasía de las masas” y a la responsabilidad eclesial en el estallido de la guerra civil: *“Piensen ustedes que la causa de todo el desequilibrio político y social de España, y la causa inmediata que produjo nuestra guerra civil vino de que no teníamos nosotros movimiento obrero. Desde luego las causa de nuestra guerra civil son muy complejas, evidentemente. Pero una de las fundamentales es ésta. Es que las fuerzas obreras estaban organizadas en sentido anticristiano y nosotros no teníamos fuerzas para enfrentarnos contra las izquierdas. Los obreros tenían que seguir sus orientaciones y era la masa y el sector más izquierdista el que daba forma a todo el movimiento social obrero. Y fuimos vencidos en la calle y por esto precisamente vino la guerra civil”*¹².

Estrategias pastorales de respuesta a la “apostasía”

En los discursos retóricos y en los diagnósticos sociológicos analizados se expresan o se incluyen diversas estrategias pastorales para responder al reto de la “apostasía” o descristianización de las masas. En primer lugar, la distinción fundamental de Peiró entre la pastoral de conservación y preservación, y la de reconquista. Y dentro de esta última, la necesidad de distinguir entre la acción religiosa, la formación social, y la acción política y sindical propiamente dichas. La distinción entre la pastoral de conservación y la de reconquista es la clave principal para entender la diferencia entre la A.C. general y la especializada. Por ello la sustitución de un modelo de A.C. por otra, que se generaliza en los años 60, expresa un significativo cambio de estrategia pastoral acorde con los cambios sociales que estaban ocurriendo en el país.

Pero, en el terreno de la acción social católica la divisoria fundamental es la que se plantea entre la acción desde arriba o desde fuera – eminentemente paternalista y clerical– y la acción desde abajo desarrollada por personas del mismo medio social –es decir, el apostolado especializado según el modelo de la JOC. Y aún aceptando esta necesidad del apostolado desde abajo, por los semejantes, se sigue planteando el dilema entre la formación de élites obreras o la directa reconversión y apelación a las bases. Esta última disyuntiva estratégica se observa bien en las distintas propuestas y métodos de la Asociación Católica de Propagandistas –que intenta recrear el Instituto Social Obrero, ISO, de la II República–, y de la HOAC y la JOC. Las diferentes perspectivas se expresan bien en la respuesta de Julián Gómez del Castillo a Angel Herrera sobre su proyecto de incorporarle al ISO¹³. La mentalidad paternalista y elitista del proyecto de ACNP, según la crítica de Gómez del Castillo, se aprecia también en las diversas alusiones al tema del presidente de la ACNP, Fernando Martín-Sánchez Juliá, en sus discursos a los “Propagandistas”¹⁴.

Es interesante también contrastar la respuesta de la A.C. obrera –HOAC y JOC– con la que se plantea la Asesoría Eclesiástica del Sindicato oficial que se crea, en el seno de la Organiza-

ción Sindical, en 1945. La Asesoría religiosa se entendía su labor preferentemente, casi exclusivamente, como un servicio pastoral directo y clásico: ejercicios espirituales, organización de misiones populares específicas para el mundo obrero, peregrinaciones, y cursillos de explicación de la doctrina social de la Iglesia. Siempre en un marco de respeto a los valores e instituciones sociales y sindicales del régimen, que se entienden como plenamente acordes con los criterios cristianos. A partir de 1960 la distancia entre la asesoría sindical y la A.C. obrera se fue haciendo cada vez más clara. Y aquella sintió la necesidad de justificar sus servicios pastorales, y en especial las misiones realizadas en lugares de concentración obrera.

Estas diferentes propuestas de estrategia pastoral se correspondían lógicamente con diferentes diagnósticos e interpretaciones sociológicas sobre el fenómeno de la “apostasía”, que, por otra parte, tendía a ser sustituido como término por el más aséptico y menos dramático de “secularización”. La asunción de la “secularización” como un dato y un proceso de la realidad social, del que había que partir más que condenar es una nueva actitud que comparten a la vez el militante de la A.C. especializada, y el estudioso, pastoralista-sociólogo. En efecto, el boom de la sociología religiosa con fines pastorales cobra gran auge en la España católica, a partir de mediados de los cincuenta, coincidiendo con la renovación pastoral que implicaba el auge de la A.C. especializada. La formación de consiliarios para los Movimiento especializados juveniles fue precisamente preparada por estudios sociológicos dirigidos por Rogelio Duocastella¹⁵.

¹ Tanto Arboleya como F. Peiró citan ampliamente publicaciones francesas de *L'Action Populaire*, y las experiencias de la A.C. francesa y de la JOC belga.

² *Crónica de la VII Semana Social*, Madrid, 1934, y *Crónica de la VIII Semana Social*, Zaragoza, 1936.

³ M. ARBOLEYA, *op cit.*, dentro del cap. V “Las verdaderas causas”, apartado nº 22 “nuestro abandono”, pp. 458-459.

⁴ *Ibid.* pp. 467-468

⁵ M. ARBOLEYA, *Ibid.* p. 479. Sobre el eco del modelo de la JOC en la A.C. española en los años 30, la tesis inédita de F. MARTINEZ HOYOS, *Cristianos y cristianas en la lucha obrera. Aproximación a la historia de la JOC/F en Barcelona durante los años sesenta*, Universidad de Barcelona, 1999.

⁶ Las respuestas de las diócesis a la encuesta de A. Herrera se encuentran en el Archivo de la ACE. Un interesante análisis de encuestas sociológicas en la diócesis de Vitoria promovidas por la revista *Idearium*, en 1934-35, en A. RIVERA y J. de la FUENTE, “Modernidad y religión en la sociedad vasca de los años treinta”, *Historia Social*, nº 35, pp. 81-100.

⁷ J. ORDÓÑEZ, *La apostasía de las masas y la persecución religiosa en la provincia de Huelva*, CSIC, 1969.

⁸ La Exposición sobre La Stampa Cattolica debía celebrarse en Roma, del 12 al 16 de mayo de 1936 con motivo del 75 aniversario de “L'Osservatore”. Herrera solicita a los secretarios de Cámara de las diócesis la respuesta a la encuesta. El cuestionario de Herrera se refería al cumplimiento pascual, la práctica de los ritos de paso -siempre preguntando sobre la influencia de la política republicana-, la catequesis, la implantación de la escuela católica, la prensa leída por los católicos, las costumbres y la moralidad, y las vocaciones sacerdotales.

⁹ Francisco Peiró valoraba también muy positivamente la contribución de la A.C. tanto en la pastoral de conservación -colaborando en las tareas parroquiales y muy especialmente en la catequesis-, como en la de conquista, siguiendo los métodos de la A.C. especializada emergente en esos momentos en Bélgica y en Francia. F. PEIRÓ, *El apostolado seglar*, Conferencias sobre A.C., Sevilla, 1933; y *El problema religioso-social en España*, 1936.

¹⁰ Peiró (1936), reproduce los datos aportados por el cardenal Illundain en 1933, en la clausura de su ciclo de conferencias sobre la A.C. Por tanto la visión de Peiró era quizás más la de 1933 que la última evolución. S. AZNAR, *La revolución de las vocaciones eclesidísticas*, Madrid, 1949.

¹¹ A. HERRERA, “Balance sobre el catolicismo español”, publicado en el nº extra de “L'Osservatore Romano” de mayo 1936.

¹² Intervención de A. Bonet en la sesión del 13 de noviembre por la tarde, “Transcripción taquigráfica de las sesiones”.

¹³ Respuesta de J. Gómez del Castillo en J.M. GARCÍA ESCUDERO, *Conversaciones sobre Herrera Oria*, Madrid, BAC, 1986, p. 283. Sobre el proyecto de restauración del ISO durante el franquismo, vid. también J. SÁNCHEZ JIMENEZ, *El cardenal Herrera Oria*, Madrid, Encuentro, 1986.

¹⁴ Vid. F. MARTÍN-SÁNCHEZ JULIA, *Ideas Claras*, Madrid, BAC, 1959; especialmente diversos discursos en 1948-50.

¹⁵ En el XIII congreso internacional de sociología religiosa (1975) se presentó un buen balance del desarrollo de la sociología religioso-pastoral en España entre 1955 y 1975, *Cambio social y religión en España*, Madrid, Edicusa, 1975. Vid. también las publicaciones de dos cabezas de grupo de estos estudios, R. Duocastella y Vazquez; las Guías anuales de la Iglesia católica, iniciadas con ese espíritu sociológico aprendido de Francia por el director de *Ecclesia*, J. IRIBARREN, vid. de este autor, *Papeles y Memorias*